

El misterio de la noria de Londres

Siobhan Dowd



Una gigantesca rueda de bici contra el cielo

Lo que más me gusta hacer en Londres es subir al London Eye.

En los días claros se pueden divisar hasta veinticinco millas, en todas direcciones: estás en la noria de observación más grande jamás construida. Te encierran en una de las treinta y dos cabinas con los extraños que te acompañaban en la cola y, cuando cierran las puertas, el sonido de la ciudad se desvanece. Y empiezas a subir. Las cabinas están fabricadas de cristal y acero, y cuelgan del borde de la noria. Según gira esta, se sirven de la fuerza de la gravedad para mantenerse en la posición correcta. Tardan treinta y cinco minutos en hacer un giro completo.

Kat dice que, desde lo más alto, Londres parece una ciudad de juguete y los coches cuentan de un ábaco, moviéndose a izquierda y derecha por las calles, deteniéndose y poniéndose de nuevo en marcha. Yo creo que Londres sigue pareciendo Londres y los coches siguen pareciendo coches, solo que más pequeños.

Lo que más me gusta mirar desde arriba es el río Támesis. Se ve perfectamente cómo hace una curva tras otra, a

pesar de que a ras de suelo uno diría que fluye en línea recta.

Lo segundo que más me gusta mirar son las barras radiales y los cables metálicos del Eye. Su diseño hace pensar en una gigantesca rueda de bici contra el cielo, apoyada en un enorme soporte con forma de A.

Es curioso también observar las cabinas que se encuentran a ambos lados de la tuya. Ves a desconocidos que se asoman, como tú. De repente, la cabina que está por encima empieza a descender y queda por debajo, y la que estaba por debajo en un momento la puedes ver por encima de tu cabeza. Hay que cerrar los ojos para evitar la extraña sensación que sube por el esófago, y te alegras de que el movimiento sea lento y suave.

Y entonces, tu cabina desciende aún más y te da pena porque no quieres que el paseo termine. Apetece dar otra vuelta más, pero no está permitido. De modo que sales sintiéndote un astronauta llegado del espacio, un poco más ligero que antes.

Llevamos a Salim al London Eye porque nunca había subido. Un hombre se nos acercó en la cola y nos ofreció un tique gratis. Lo aceptamos y se lo dimos a Salim. No deberíamos haberlo hecho, pero así ocurrió. Subió, él solo, a las 11:32 del 24 de mayo y se le esperaba a las 12:02 del mismo día. Justo antes de subir se volvió y se despidió de Kat agitando la mano, pero no le pudimos ver la cara, solo una sombra. Lo encerraron en esa cabina con otras veinte personas a quienes no conocíamos.

Kat y yo seguimos con la mirada la cabina en que viajaba Salim a lo largo de su órbita. Cuando alcanzó su punto más alto los dos dijimos a la vez «¡Ahora!». Kat se echó a reír y yo con ella. Supimos así que habíamos estado siguiendo la cabina correcta. Vimos a la gente apelotonarse junto a la puerta

mientras la cabina descendía para salir en la foto de recuerdo. Solo se veían trozos oscuros de chaquetas, piernas, vestidos y mangas.

Entonces, la cabina se detuvo. Las puertas se abrieron y los pasajeros empezaron a salir en grupos de dos o tres. Se alejaron caminando en diferentes direcciones, con una sonrisa en la boca. Probablemente, jamás se volverían a ver.

Pero, Salim no estaba.

Esperamos a la siguiente cabina, y a la que venía detrás. Salim no aparecía. De forma inexplicable, en algún momento de esos treinta minutos de paseo en una cabina herméticamente cerrada, Salim había desaparecido. Se había desvanecido de la faz de la Tierra. A continuación les contaré cómo el extraño sistema operativo con el que funciona mi mente, distinto al de cualquier otra persona, me ayudó a averiguar qué había ocurrido.



2

Noticias de un huracán

Todo comenzó el día en que recibimos la carta de la tía Gloria.

La tía Gloria es hermana de mi madre. mamá la llama Glo y Kat la llama tita Glo. Papá la llama «Huracán Gloria» porque, según él, allá por donde pasa va dejando un reguero de destrucción. Le pregunté a papá qué quería decir eso. ¿Significaba que ella era igual de torpe que yo? Papá me explicó que no eran las cosas lo que la tía trastornaba a su paso, sino más bien las personas y emociones. «¿Significa eso que es mala?», pregunté. Papá respondió que tía Gloria no lo hacía adrede, así que no, «no es mala, digamos que es más bien un elemento». Entonces le pregunté qué quería decir ser un elemento, y papá contestó que ser un elemento era ser inmanejable, como la vida. Cuando le intenté preguntar por qué la vida es inmanejable, papá me puso la mano en el hombro: «Ahora no, Ted», me dijo.

La carta de la tía Gloria llegó una mañana como cualquier otra. Yo oí el correo caer sobre la alfombrilla de la puerta, como todos los días. Iba por mi tercer copo de cereal y por la radio el hombre del tiempo predecía que haría bueno, aun-

que con riesgo de chubascos en el sureste. Kat se estaba comiendo una tostada de pie, retorciendo el cuerpo nerviosamente. No es que tuviera pulgas, aunque lo pareciera. Estaba escuchando esa música extraña suya, en el mp3. Lo cual implicaba que no habría escuchado la previsión del tiempo y, por consiguiente, no se llevaría el impermeable ni el paraguas al instituto. Lo cual implicaba que ella se mojaría y yo no, lo cual no estaba mal.

Papá daba saltos alrededor de la habitación con un solo calcetín puesto, lanzando juramentos contra la lavadora (aseguraba que se había comido todos sus calcetines) y quejándose porque llegaba tarde. Mamá buscaba un calcetín suelto en la bolsa de la colada.

—Ted, ve a buscar el correo —me pidió Mamá—. Mamá ya tenía puesto el uniforme de enfermera y hasta yo sé que cuando su voz adquiere ese tono afilado se hace lo que ella diga, y punto. Aunque los cereales se queden blandos.

Volví con seis sobres. Kat, al verme, me los quitó de las manos y se quedó con uno, grande y marrón, y otro blanco más pequeño. Este último llevaba el membrete de nuestro colegio, que es como una especie de X aplastada sobre una mitra (el tipo de sombrero que llevan los obispos). Kat intentó esconderlo tras el sobre grande, pero Mamá la vio.

—¡No corras tanto, Katrina! —le gritó Mamá. Cuando Mamá llama «Katrina» a Kat, es que hay problemas a la vista.

Kat apretó los labios. Entregó a Mamá el correo, todo menos el sobre marrón, que sostuvo ante nosotros para que comprobáramos que estaba dirigido a ella, Katrina Spark. Kat abrió el sobre y sacó de dentro un catálogo: *Cabello Bello*. Después se dirigió a la puerta, meneando la cabeza.

Yo seguí comiendo el resto de los cereales, del siete al diecisiete.

Papá empezó a tararear la canción de *El gordo y el flaco*, su programa de televisión favorito. Ya se había puesto otro calcetín y untaba mantequilla en una tostada. Mamá le dijo que era clavadito a Stan Laurel (el flaco), porque tenía el pelo de punta.

Ser «clavadito» a alguien quiere decir ser idéntico, pero no me preguntéis por qué. De todos modos, Stan Laurel tiene el pelo castaño y papá es más bien rubio, como yo, así que en realidad está muy lejos de ser idéntico a él.

—¡Katrina! —bramó mamá.

Se me cayó de la cuchara el decimoctavo copo de cereal.

—¡Qué!

—Esta carta del colegio...

—¿Qué carta del colegio?

—Esta carta. La que estabas intentando esconder.

—Qué le pasa.

—Dice que faltaste la semana pasada sin llevar ningún justificante. El martes pasado.

—Ah. Sí.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Dónde estuviste?

—Estaba «ASB», mamá —sugerí yo. Kat y ella se me quedaron mirando—. «ASB», como en el ejército —expliqué—. «Ausente Sin Baja».

—¡Que te zurzan, imbécil! —siseó Kat, saliendo con un portazo.

La radio volvió a las noticias.

—¡Apaga eso, Ted!—ordenó mamá—. Yo me puse a jugar con el mando y ella arrancó el enchufe de la pared, directamente. Se hizo el silencio. Podía oír a papá masti-cando su tostada.

—Esta niña descarrila, Ben —susurró mamá a papá.

—Descarrila —repetí, pensando en accidentes de trenes. Supongo que mamá se refería a algo relacionado con el ASB de Katrina. Quizá «descarrilar» significa algo parecido a hacer pellas, lo cual significa a su vez saltarse las clases del colegio a las que uno debe asistir. Pero no me atreví a preguntarlo, al menos no con mamá de ese humor.

—O está a punto de hacerlo y a nadie le importa—añadió ella.

—Yo también hacía novillos a su edad —contestó papá—. Me pasaba el día montado en el autobús y fumando pitillos en el parque —casi se me atragantó el cereal número veinte. La imagen de papá cigarrillo en mano se me hacía muy rara. Ahora no fuma. Papá dio unas palmaditas en el hombro de mamá cuando ella levantó la mirada, y él le dio un ruidoso beso en mitad de la frente que casi me echa a perder lo que me quedaba de cereales—. Esta noche lo hablamos, Faith. Voy con prisa. Tenemos una reunión sobre la voladura del barracón.

Los labios de mamá esbozaron media sonrisa.

—Muy bien, cariño. Hasta luego.

Debo explicar que mi padre no es un terrorista que vaya por ahí haciendo explotar dormitorios militares. Es experto en demoliciones, y con el barracón se refiere a Barrington Heights, el bloque más alto de nuestro barrio, al sur de Londres. En él solían vivir familias socialmente excluidas. Ser alguien socialmente excluido es algo parecido a que te expulsen del colegio. En lugar de ser un profesor quien te manda salir, es el resto de la sociedad, que actúa como si no existieras. De modo que te unes a otras personas que también son ignoradas, y así terminas tan furioso por el trato recibido que acabas tomando drogas, robando en tiendas y formando pandillas para vengarte. La gente que vivía en Barrington Heights solía hacer ese tipo de cosas. Papá decía

que esa gente no era mala. Nos explicó que el edificio estaba enfermo y que también los hacía enfermar a ellos, como si se tratara de un virus contagioso. El ayuntamiento había decidido trasladar a las familias a nuevas casas, volar el edificio y empezar de nuevo desde cero.

Papá se puso la chaqueta, me dijo adiós y salió. Después, mamá se sentó de nuevo y siguió ojeando el correo. Se detuvo en el último sobre, de color malva claro. Se lo llevó a la nariz y lo olió, como si se pudiera comer. Entonces sonrió: sus labios se curvaron pero los ojos se humedecieron. Eso era señal de que estaba triste y contenta a la vez.

—Gloria a ti —susurró. A continuación, abrió el sobre y leyó el contenido. Yo me comí entretanto mis últimos tres cereales, números treinta y cinco a treinta y siete. Mamá dejó la hoja de papel malva sobre la mesa y me acarició con energía el pelo, un habitual gesto suyo que hace que me tiemblen las manos—. Agárrate fuerte, Ted, ¡se acerca un huracán!

—No —respondí—, nada de eso. Está entrando un gran anticiclón. —Yo soy meteorólogo, o lo seré cuando sea mayor. Por eso lo sé. Los huracanes se deshacen a mitad del Atlántico. Muy raramente llegan a las Islas Británicas. Se supone que en 1987 ocurrió, pero aquello no era un huracán, técnicamente hablando. Michael Fish, hombre del tiempo famoso por sus errores, acertó en esa ocasión: se trataba únicamente de una fuerte tormenta anónima. Un huracán de verdad siempre tiene nombre. Como Hannah, que llegó a alcanzar los 260 kilómetros por hora, o Hugo, que arrasó medio Carolina del Sur, en EE. UU., en 1989. O Katrina, una tormenta de categoría cinco que devastó Nueva Orleans en 2005 (estoy seguro de que no es coincidencia que una de las tormentas más catastróficas de todos los tiempos lleve el nombre de mi hermana).

—No hablo literalmente —se explicó mamá, retirándome el tazón de cereales—. Es «Huracán Gloria». Mi hermana. ¿Te acuerdas? Viene a visitarnos con su hijo Salim.

—¿Son los que viven en Manchester?

—Eso es. Hace más de cinco años que no los vemos, Ted. No me explico cómo se nos ha escapado el tiempo.

Se diría que para mamá el tiempo es algo que viene y va, como el clima. Yo agité la cabeza.

—No, mamá. El tiempo no se escapa a ninguna parte.

—En esta casa sí, Ted. Por un maldito agujero negro.

Parpadeé pensativo, preguntándome si no tendría algo de razón. Ella me aseguró entre risas que estaba bromeando, y me volvió a frotar la cabeza.

—Vamos, Ted. Al colegio.

De modo que emprendí mi zigzagueante camino a través del parque del barrio, pensando en el tiempo, los agujeros negros, la teoría de la relatividad de Einstein y los avisos de tormenta. Me imaginaba al «Huracán Gloria» ganando fuerza a medida que se acercaba, dejando a su paso un reguero de destrucción. Me lo imaginaba con tanta intensidad que casi termino cayéndome al estanque, en el lado contrario del parque. A punto estuve de llegar tarde al colegio. «Por un agujero negro», me dije a mí mismo mientras corría a través del patio. Me tembló la mano. «Por un maldito agujero negro.»



3

El huracán se acerca

Esa noche mamá nos leyó en voz alta la carta de la tía Gloria. Yo intenté buscarla después para poder citar el texto literal, pero mamá dijo que probablemente la había tirado a la basura porque nuestra casa es muy pequeña para estar almacenando cosas. Decía algo así:

Querida Faith (esa es mi madre),

Quiero hacer las paces. Siento que discutiéramos la última vez que os visité. Estoy a punto de mudarme con Salim a Nueva York, donde me han ofrecido un trabajo como comisaria de exposiciones de arte. ¿Os importa si nos quedamos en vuestra casa un día o dos durante las próximas vacaciones, antes de tomar nuestro vuelo? Sé que no tenéis mucho espacio, pero podremos acomodarnos en cualquier sitio. Salim dice que él puede dormir en la tabla de planchar.

Kat acaba de decirme que ese no es el estilo de la tía Gloria. Según ella, tía Gloria escribe con palabras mucho más elaboradas. Dice también que se suelta mucho la melena. No estoy seguro de qué quiere decir con esto. Kat escribió también lo que recordaba de la carta, esta es su versión:

Queridísima Faith:

Siento no haber estado más en contacto con vosotros últimamente. Estos tiempos han sido frenéticos y los años parecen volar como golondrinas entre las nubes. Siento enormemente nuestra discusión de la última vez. Me ha estado remordiando el alma. Apenas recuerdo por qué discutimos, pero en aquel entonces mi vida era un desastre: acababa de dejarlo con el padre de Salim y aún no había descubierto la meditación trascendental. Ahora estoy mucho más centrada.

Tengo noticias emocionantes: me han ofrecido un suculento puesto de trabajo como comisaria de exposiciones de arte en Nueva York. Salim y yo hemos decidido lanzarnos. Él tiene trece años y es un chico muy maduro. Solo tiene un amigo, también de origen en parte asiático, como él, y los demás niños se están metiendo todo el día con ellos. Así que nos espera la Gran Manzana, una emocionante aventura en nuestro fascinante viaje por la vida. ¿Podríamos quedarnos en tu casa camino del aeropuerto? ¿Una noche o dos? Sé que vuestra casa es pequeña, pero Salim está deseando ver a sus primos otra vez. ¡Dice que él puede dormir en la tabla de planchar!

Lo único en lo que Kat y yo coincidimos era en lo de la tabla de planchar.

Cuando mamá terminó de leer la carta, papá gruñó y enterró la cara entre las manos. Kat dijo que la tita Glo decía cosas de loca y yo apostillé que Salim debía de ser muy delgado si pretendía dormir en una tabla de planchar. Kat, papá y mamá se rieron de mi comentario. Me tembló la mano y un mal presentimiento me subió por el esófago. Me habían pillado otra vez. Como aquella vez, cuando oí en la televisión que el Manchester United había vendido a su futbolista

estrella a otro equipo por doce millones de libras y se me ocurrió preguntar por qué los futbolistas eran todavía tratados como esclavos si la esclavitud había sido abolida hacía años.

Cuando dejaron de reírse de mí, papá preguntó a mamá si era obligatorio aceptar y mamá dijo que sí. Kat preguntó cómo íbamos a dormir. Mamá explicó que la tía Gloria tendría que dormir en la habitación de Kat y Kat dijo que ni loca. Mamá le dijo a Kat que tendría que aguantarse y que lo tenía merecido por haber hecho novillos, porque una niña que hace novillos no tiene derecho a montar una escena por tener que dormir en el sofá una noche o dos.

Kat se cruzó de brazos y escondió los labios entre los dientes.

—¿Y Salim? —pregunté yo, echando una ojeada a la tabla de planchar, que estaba plegada contra la pared de la cocina.

—Dormiré contigo en tu habitación. Sacaremos el colchón inflable.

Lancé una mirada a Kat. Sabía por su expresión que estaba enfadada. Yo no lo estaba, pero sentía una punzada de malestar en el estómago. Era la idea de compartir mi habitación con un niño desconocido y tener que oírle respirar en la oscuridad, y aguantar que me vea ponerme el pijama, y no poder escuchar la previsión del tiempo de madrugada, en caso de que no pudiera dormir.

—¡Ajajá! —dije agitando la mano.

—Pues vale. *Ajajáquetezurzan* —replicó Kat.

—Vais a terminar discutiendo otra vez —aseguró papá a mamá. Sonaba como el hombre del tiempo cuando predice una tormenta fuerte.

—No, no vamos a discutir —replicó mamá—, porque no voy a dejar que eso ocurra. Esta vez no. Respiraré hondo cada vez que ella se pase de la raya y me concentraré con el

ojo de la mente en la imagen de una tetera. Y como ella hará lo mismo, al final todo saldrá bien.

Intenté meditar concentrándome con el ojo de la mente en la imagen de una tetera, pero todo lo que vi fue agua hirviendo saliendo por el pitorro en dirección a mí, como un ardiente tsunami. Que es exactamente lo mismo que me hacía sentir la idea de la llegada de tía Gloria y el tener que compartir mi cuarto con Salim. Un huracán de verdad sería mucho mejor.



4 El huracán toca tierra

La tía Gloria y Salim llegaron a las 18:24 del domingo 24 de mayo, el primer día de nuestras vacaciones trimestrales, que duraban una semana. Era un día claro con chubascos aislados desplazándose hacia el noreste. Kat y yo observamos desde el jardín cómo el oscuro taxi londinense se detenía junto a nuestra casa. La tía Gloria salió la primera. Era alta y delgada, de pelo negro y liso, cortado a la altura de los hombros (según Kat, ese peinado se llama «media melena»). Vestía vaqueros ajustados y unas sandalias color rosa oscuro. Era imposible no fijarse en sus dos dedos gordos asomando, porque los llevaba pintados con esmalte rosa oscuro a juego y brillaban mucho. Lo que más me llamó la atención, sin embargo, fue la boquilla para cigarros que sostenía en la mano. En ella iba ensartado un cigarrillo encendido, largo y delgado, desde el que crecía una voluta de humo.

Kat comentó que tía Gloria parecía la redactora jefe de una revista de moda. Kat no ha conocido nunca a ninguna redactora jefe, así que no sé cómo podía estar tan segura.

Salim era alto y delgado, y llevaba vaqueros, como su madre. Traía consigo una mochila normal y corriente y arrastraba tras de sí la maleta de ruedas de la tía Gloria. Llevaba el pelo negro y muy corto. Su piel era marrón oscuro. Según Kat, el tono no era marrón oscuro, sino caramelo. Me dijo que debería darme cuenta de que era un chico muy guapo. Kat siempre se para a pensar en si los demás son guapos o no. Yo creo que la gente simplemente tiene el aspecto que le corresponde. Supongo que yo soy feo porque nunca nadie me ha dicho que sea guapo. A Kat le está todo el mundo diciendo a todas horas lo guapa que es, así que supongo que, efectivamente, lo es. Para mí, es simplemente Kat.

Así que no sé si Salim era guapo o no, pero parecía que sus pensamientos no estuvieran en el mismo lugar que ocupaba su cuerpo, y eso me gustaba. Creo que eso también me pasa a mí a veces.

Salim y la tía Gloria se acercaron a la puerta de entrada a través del jardín delantero que, según mamá, tiene el tamaño de un sello de correos. En realidad, mide tres metros por cinco: una vez calculé que en él podrían haber cabido 22.500 sellos. Antes de que pudieran tocar a la puerta, mamá la abrió de un golpe.

—Glo —dijo.

—¡Fai! —gritó la tía Gloria.

Hubo un amasijo de brazos y risas y yo deseé poder escaparme a mi habitación. Tras ellos, Salim permanecía de pie, mirando. Nuestras miradas se cruzaron. Él se encogió de hombros, alzó la mirada al cielo y agitó la cabeza. Entonces, me sonrió abiertamente, lo cual significaba que podríamos ser amigos.

Y eso me hizo sentir bien. Yo solo tenía tres amigos y todos eran adultos. Eran mamá, papá y Mr. Shepherd, mi

profesor. No contaba a Kat como amiga porque la mayor parte de las veces era maleducada conmigo y siempre me interrumpía cuando yo hablaba.

—Ted —dijo mamá—, di hola a tu tía Glo.

Miré hacia la oreja izquierda de la tía Glo.

—Hola, tía Gloria —saludé, alargándole la mano para que la estrechara. Ella, sin embargo, me arrastró a un abrazo impregnado de un aroma a cigarrillos y perfume que me irritó la nariz.

—Hola, Ted —dijo, devolviéndome el saludo—. Llámame simplemente Glo, ¿vale? Así me llama todo el mundo —yo me escapé de entre sus brazos—. Dios mío, Faith —continuó—, es clavadito a nuestro padre. ¿Te acuerdas de papá, con su traje y su corbata, hasta en vacaciones? Ted es su viva imagen.

Se hizo un silencio. Era cierto que yo me ponía los pantalones y la camisa del instituto a diario, incluso cuando no había instituto. Era lo que me gustaba hacer. Kat siempre me daba la tabarra con que me pusiera una camiseta y unos vaqueros y fuera un poco «más normal, más informal», pero esos comentarios solo conseguían que tuviera aún menos ganas de cambiarme.

—No, mamá. Viste muy guay. Llevar ropa formal está de moda, ¿no lo sabías? —intervino Salim.

—Hrumm —gruñí yo.

—El uniforme es un disfraz, mamá. Esconde al rebelde que lleva dentro. ¿Es verdad o no, Ted? —Asentí con la cabeza. Sentaba bien que lo llamaran a uno rebelde—. Bueno, choca esos cinco.

Nos miramos a los ojos mientras nos dábamos la mano y yo noté cómo se me ladeaba la cabeza, adoptando seguramente la expresión que Kat llama «de pato que no sabe hacer cuac».

—Bienvenido a Londres, Salim —saludé.

Kat me hizo a un lado.

—Hola, Salim —saludó, alargándole la mano—. Tienes un poco de acento. ¿Es así como habláis en el Norte? —preguntó imitando el fuerte acento del Norte de Inglaterra.

—Hola, Kat —saludó Salim, tomando su mano—. ¿Y es así como habláis aquí en el Sur? —preguntó Salim, imitando a la perfección un fuerte acento del Sur del país. Todo el mundo se partió de risa, si bien esto no es lo que ocurrió literalmente (aunque me gusta la idea de que la gente se tronche de risa, es una buena manera de describir las cosas). No sabía por qué aquello resultaba tan gracioso, pero me reí también. Mr. Shepherd dice que siempre es buena idea reír con los demás para encajar bien en un grupo y hacer amigos—. ¿Cómo es posible que tú tengas ese acento tan del sur de Londres y Ted hable como los locutores de la BBC? —continuó Salim.

—Buena pregunta, Salim —comentó mamá—. Ni siquiera el neurólogo de Ted ha encontrado explicación. Pero vamos todos a la cocina. La cena está lista.

Mamá había abierto la mesa de la cocina, extendiéndola hasta su longitud máxima de casi dos metros, de modo que pudieran sentarse a su alrededor seis comensales. Siendo el más delgado, me vi obligado a apretarme en uno de los extremos, dando la espalda a la puerta del jardín. Mamá había decidido vestir la mesa con un mantel blanco. Me obligó a mí a ponerlo porque, según ella, ese era mi trabajo. Entonces Kat dio una vuelta alrededor comprobando que yo había colocado todas las cosas en su sitio. No hacía ninguna falta: se me da estupendamente poner la mesa. Yo pienso en cuchillo, cuchara y tenedor como en una corriente eléctrica. El cuchillo alimenta el extremo de la cuchara y la parte posterior de la cuchara alimenta las púas del tenedor, constitu-

yendo el borde de la mesa la última parte del circuito. Entre cada objeto queda un ángulo de noventa grados, de manera que dicho circuito forma un cuadrado perfecto. Haciéndolo así, es imposible equivocarse.

Kat había puesto flores del jardín en un jarrón de cristal, que a su vez había colocado sobre un tablero de madera, junto a una pila de rebanadas de pan de molde. Había colocado los mejores vasos y dentro de ellos, servilletas de papel dobladas para que asomaran por el borde de estos, tomando precisamente la forma de una mitra, el emblema de nuestro instituto. Agregó copas de vino para papá, mamá y tía Gloria. Intentó ponerse una en su propio sitio, pero mamá la retiró ipso facto y llamó a Kat «Señorita Caprichosa», que es como la llama cuando se enfada con ella, pero solo un poco.

Todo el mundo se sentó a la mesa y mamá sirvió su guiso de pollo, uno de mis platos favoritos, que había cocinado en una gran olla de color naranja. La tía Gloria hablaba mucho. Nos contó que ella y Salim estaban «superemocionados» por dejar Manchester y que ya estaban hartos de lluvia. Intenté hacer notar que el número de horas de lluvia del norte de Inglaterra es mucho menor de lo que la gente cree, pero ella ya había cambiado de tema, y hacía hincapié en que Nueva York es una ciudad «superacelerada». Para aquel entonces ya sabía que a menudo la gente decía «súper» cuando lo que querían decir era «muy», así que eso no tuve que preguntarlo. Lo que sí pregunté es en qué sentido una ciudad puede ser acelerada.

—Bueno, Ted —explicó—. En Nueva York todo va a cámara rápida. Como en una película, pero acelerado. La gente, los coches, hasta el metro. Tienen trenes subterráneos de alta velocidad que circulan a toda marcha sin detenerse en ninguna aburrida estación. Allí, uno tiene la sensación de que el tiempo fluye al doble de su velocidad normal.

—Lo cual implica, mamá —comentó Salim—, que en Manhattan envejecerás el doble de rápido.

La tía Gloria rio. Alargó el brazo y tocó a su hijo en el hombro.

—Este hijo mío es un bromista.

Salim clavó la mirada en el mantel. Vi sus labios moverse, sin producir ningún sonido. Entonces se dio cuenta de que lo estaba mirando y alzó su mirada hacia el techo, dándose golpecitos en la sien y señalando a tía Gloria con una sonrisa en la boca. Kat me explicó más tarde que Salim había expresado que su madre estaba loca mediante lenguaje corporal. Después, Salim se sacó un teléfono móvil del bolsillo, lo colocó junto a su plato y se quedó mirándolo muy serio.

Mamá acercó el pan a tía Gloria. Esta, sin embargo, replicó que ya no comía ni trigo ni ningún otro cereal porque seguía una dieta sin gluten.

—Mi nutricionista me jura que funciona —agregó.

—Tía Gloria —dije cogiendo una rebanada de pan—, ¿no crees que lo realmente bueno para tu salud sería que dejaras de fumar? —Papá tosió como si se hubiera atragantado con algo—. Ayer leí en la prensa una estadística muy interesante. Si todos los británicos que fuman dejasen de fumar, el Servicio Nacional de Salud se ahorraría...

—¡Ted! —cortó mamá.

La tía Gloria chasqueó la lengua.

—No, Fai, Ted tiene derecho a preguntar. El problema es que estoy totalmente enganchada a la nicotina y, sin embargo, sí puedo dejar de comer pan —explicó, volviéndose hacia Kat—. Tú no fumas, ¿no, Kat?

Kat retorció la servilleta.

—Claro que no...

Yo fruncí el ceño, porque justo la semana anterior había visto a Kat con un cigarro en la boca, junto a sus compañeras del instituto.

—Pero Kat, eso no es...

—¿Y qué te parece a ti lo de irte a Nueva York, Salim?
—interrumpió ella.

Salim se encogió de hombros y sonrió, pero no levantó los ojos del móvil.

—Le va a encantar —respondió por él tía Gloria—. Estoy convencida. El Empire State. El edificio Chrysler. A Salim le encantan los rascacielos. De mayor quiere ser arquitecto, ¿verdad, cariño?

—Sí, supongo —contestó Salim. De súbito, su móvil empezó a sonar con el tema de las películas de James Bond—. Perdón —añadió, levantándose de la mesa y saliendo al recibidor para contestar. En esta ocasión, fue tía Gloria quien levantó los ojos al cielo.

Mientras Salim hablaba fuera, empezamos a conversar sobre qué hacer el día siguiente. Papá tenía que trabajar, pero mamá libraba en su trabajo de enfermera y eran vacaciones de trimestre, así que ella propuso que fuéramos los cinco de turismo. Kat tenía ganas de dar un paseo en barco por el río. Yo quería ir al Science Museum. A mamá le apetecía dar un paseo por Covent Garden para ver a los artistas callejeros. La tía Gloria, por su parte, quería visitar todos los museos de arte. En mitad del debate, entró Salim, metiéndose el móvil en el bolsillo.

—Debería decidir Salim —intervino papá—. Es él quien no conoce la ciudad.

—Salim quiere ver la Tate Modern, ¿verdad? —aventuró tía Gloria.

Salim se inclinó hacia delante y empezó a retorcerse como si lo hubieran envenenado. Yo me asusté, me levanté de un salto y por poco no rompí la puerta de cristal del jardín dándole un golpe con el codo. Todos los demás rieron.

—Es un bromista muy teatral. Le encanta poner en práctica sus ocurrencias —dijo tía Gloria.

Salim se irguió de nuevo, sin dolor aparente. Se acarició la fina línea de vello negro que le crecía sobre el labio.

—Mamá, por favor. Otra galería de arte no.

—Pero la Tate Modern es distinta. El edificio es una antigua central eléctrica, con una chimenea enorme. Alta con A mayúscula.

—Sí, pero está llena de obras de arte.

—Salim —intervine—, ¿qué diferencia hay entre tus ocurrencias y las de los demás?

Salim reflexionó durante unos segundos.

—Supongo que hay bromistas teóricos y bromistas prácticos. Los hay a quienes se les ocurren chistes pero no los ponen en práctica, y hay otros que sí.

Asentí con la cabeza. Eso me dejaba a mí en la clase de los bromistas teóricos. A menudo se me ocurren bromas que gastarle a Kat, como decirle que se prevé para las doce y media la llegada de un tsunami, Támesis arriba, que le echará a perder el peinado. Pero nunca las hago.

—¿Y qué tal el zoo? —propuso mamá—. ¿O el acuario?

—No son sitios muy altos —repuse yo.

—No, es cierto —coincidió mamá apretando el entrecejo—. Ya lo tengo. Vamos al London Eye.

—¿El London Eye? —preguntó Kat—. Nosotros hemos subido dos veces. Es increíble.

—Y es alto —añadí yo—. Es más alto que la noria de Viena. Aunque técnicamente hablando no es una noria: está diseñada más bien como una rueda de bicicleta. Una rueda de bicicleta gigante contra el cielo. Da una vuelta cada treinta minutos y...

Kat me pegó una patada en la rodilla, lo cual era señal de que quería que me callase.

—Genial —dijo Salim—. Eso es lo que quiero hacer. Como dice Ted: volar por el cielo subido en una rueda de bicicleta. ¿Podemos, mamá?

—¿Y si mañana está nublado?

—No, hará sol, tía Gloria —atajé yo—. Estamos en mitad de un gran anticiclón y mañana tendremos buen tiempo.

—Pero... ¿y las colas?!

—Por favor, mamá —rogó Salim—. La tía Fai y tú podéis tomaros un café mientras Ted, Kat y yo hacemos la cola para comprar los tiques. Por favor...

—De acuerdo, está bien. Pero después iremos a echar una ojeada a la Tate. Todo ese arte en un espacio industrial tan enorme... Me encantaría enseñarle a Ted las obras de Andy Warhol. Andy Warhol fue un artista estadounidense que pintaba cuadros a partir de los anuncios publicitarios y también retrataba a famosos. Como las latas de sopa de tomate Campbell o el cuadro de Marilyn Monroe.

—He oído hablar de él —dijo Kat—. Era un tipo raro.

—Fue un icono cultural —replicó tía Gloria—. Yo creo que es la personificación misma del siglo XX. Algunos incluso piensan que tuvo —echó una mirada a mamá— ... ya sabéis. Lo mismo que tiene Ted.

Todo el mundo se quedó en silencio.

—Lo que yo decía, un tipo raro —insistió Kat.

Mamá frunció los labios. Supongo que Kat le había hecho enfadar. Pero a mí no me importa. Yo sé que soy un poco raro. Mi cerebro funciona con un sistema operativo distinto. Veo cosas que el resto no ve, y viceversa. En lo que a mí respecta, si Andy Warhol era como yo, entonces yo también seré un icono cultural algún día. En lugar de pintar latas de sopa y estrellas de cine, me haré célebre por mis mapas meteorológicos y mis elegantes trajes, lo cual estaría muy bien.

—Trato hecho —sentenció Salim—. Iremos a la galería de arte después. Primero a la Rueda.

Y así decidimos ir al London Eye. O la Rueda, como Salim la llamaba.

